

DISCUSIONES CON ANTONIO NEGRI III:
LA TRANSICIÓN A LA ECONOMÍA
INFORMACIONAL Y LA SUPUESTA
EXTINCIÓN DE LA LEY
DEL VALOR-TRABAJO

Eduardo Manuel Molina Campano
LIPPO-UPO

Si el ser humano tuviera que producir en el futuro los robots y reproducirlos después, entonces la ley del valor-trabajo seguiría vivita y coleando ya que la fuente del plusvalor resultaría, en última instancia, del trabajo vivo y la robótica solo transmitiría este a las mercancías como ocurre hoy en día.

El autor

Introducción

Si tomamos como referencia el rumbo que adoptó el capitalismo luego de la crisis de 1973, podríamos afirmar que el Imperialismo como fase del capitalismo duró casi todo el siglo XX.

Algunos autores como Mandel (1979) añaden otra fase (capitalismo tardío) que rompería el siglo en dos. Esta etapa comenzaría con el ascenso (crecimiento) de la onda larga iniciada tras la Segunda Guerra Mundial. De esta manera, para el marxista belga, la crisis de 1973 solo indicaría el punto de inflexión hacia el descenso de esta onda larga que se mantuvo al menos hasta mediados de la década de los 90.

Este descenso de la onda se correspondería con el período de transición estricto hacia el Imperio de Negri (2002). Esto no significa que Negri comparta la visión de Mandel sobre las ondas y que, por tanto, el inicio de la fase Imperial inaugurada en 1991 fue el principio de un período de crecimiento. De hecho, para Negri el Imperio nació desde el primer momento en crisis y en decadencia.

La primera transición: el New Deal

Luego de la Primera Guerra Mundial inter imperialista y la crisis económica de 1929, producto de la desproporción entre el nivel de la producción alcanzado y el subconsumo de los trabajadores, el capitalismo en su fase imperialista debía ser transformado.

El imperialismo era un producto de la competencia y de la lógica metabólica del capital tendente a la expansión hacia el exterior de la relación capital-trabajo. Dicha expansión al exterior, exportación de capital, era la respuesta a la crisis de realización en el circuito interno. Pero este imperialismo mostraba sus límites para que dicha expansión siguiera su curso debido al proteccionismo de los Estados imperialistas y a sus relaciones monopólicas con las colonias.

El Imperialismo llevaba a la guerra mundial y a la crisis económica por la falta de administración global de la tasa de ganancia. El New Deal, nuevo acuerdo, fue la respuesta de EEUU a la crisis económica mundial pero, al mismo tiempo, resultó ser una política de transformación del capitalismo.

El nuevo acuerdo consistió en combinar el taylorismo en la organización del trabajo, el fordismo en el régimen salarial y el keynesianismo en las regulaciones macroeconómicas de la sociedad por parte del Estado. (Negri & Hardt, 2002)

Sin embargo, el peso de la trinidad que define al período, a diferencia de la fase anterior a la crisis mundial de 1929, recayó más en el keynesianismo y en el fordismo que en el taylorismo ¿Por qué? Porque la crisis de 1929 fue ya una crisis de sobreproducción auspiciada por los métodos tayloristas de trabajo en masa que desproporcionaron la relación producción-consumo a un grado crítico.

El nuevo acuerdo añadía el fordismo como una estrategia de mayor disciplinamiento del trabajo pero con la motivación del fortalecimiento de los sindicatos y los salarios. El keynesianismo acrecentaba las competencias del Estado como agente regulador e impulsor de la demanda efectiva con el objeto de facilitar la realización del plusvalor. Esta estrategia que duraría hasta la crisis de 1973, coincidió con la fase de ascenso de la onda larga que define Mandel (1979) como Capitalismo Tardío.

Dicho sistema fue exportado al resto de países capitalistas dominantes tras la Segunda Guerra Mundial. Mediante los acuerdos de Bretton Woods se inauguraba la hegemonía de EEUU y del dólar, y se aceleraba exponencialmente la construcción del mercado mundial y el Imperio como orden mundial emergente.

El New Deal implicaba el primer golpe al imperialismo porque, mediante los acuerdos del GATT, se promovía el libre comercio que tendía a romper

las relaciones coloniales de exclusividad entre las metrópolis y sus áreas de influencia.

Para hacer efectiva dicha tendencia a ampliar el mercado mundial a través del comercio, era preciso incentivar el proceso de descolonización política y por tanto dismantelar la estructura geográfica imperialista. La creación de la ONU impulsó dicha idea iniciándose el proceso de descolonización que duraría unas tres décadas aproximadamente.

No obstante, este fenómeno estuvo lleno de contradicciones. En el marco de la Guerra Fría se produjo contra tendencias, como la Guerra de Vietnam, que rompieron por momentos con la proyección constitucional imperial de EEUU para retomar la herencia imperialista europea (Negri & Hardt, 2002).

Superado paradójicamente el obstáculo, por la derrota en la Guerra, el proceso de transición daría otro impulso cualitativo que significó en realidad un punto de inflexión hacia el Imperio. La causa de ello impulso resultó del proceso de descentralización de la producción a manos de las transnacionales. Mediante las actividades de las corporaciones transnacionales, la administración de la tasa de ganancia se desvinculó del poder directo de los Estados-nación dominantes y se creó una nueva división mundial del trabajo (Negri & Hardt, 2002).

La crisis de 1971-73

El fin de la primera transición como exportación del proyecto constitucional estadounidense, coincidió con dos acontecimientos mundiales, el primero político, la Revolución de 1968, y el segundo económico, la crisis mundial iniciada en 1971 y estallada en 1973.

Algunos autores desvinculan ambos acontecimientos como si no tuvieran ninguna conexión. Otros como Mandel (1983) o el mismo Negri (2002) los relacionan estrechamente. Todo depende de qué fecha le pongamos al inicio de la crisis que estallaría en 1973 como producto de la subida abrupta de los precios del petróleo. Dicha elevación generada por el embargo que la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) hiciera a los Estados que habían apoyado a Israel en la guerra del Yom Kipur, llevó a su vez a la inflación mundial de todos los productos terminados.

Aquí se puede constatar cómo un hecho político puede influir en el desencadenamiento de una crisis económica como explicara Trotsky en sus debates con Kondratiev en los años 20 y que es retomado por Mandel (1983).

Dicho acontecimiento influyó en una crisis que demostraría ser de curva larga. Es decir, la guerra de Yom Kipur catalizó el proceso del fin del crecimiento de la postguerra y dio inicio al período depresivo de la onda de esta tercera fase del capitalismo que Mandel llamó “Tardío”.

Lo que quiero resaltar es que los factores exógenos afectan no solo al proceso de valorización en los períodos de crecimiento sino que también influyen en la fase de descenso y de crisis.

Ahora bien, este factor externo debe ser visto como un catalizador de un proceso estructural inserto en la dinámica misma de la producción de capital. Como señalan Negri (2002) y Mandel (1983), los indicios del fin de la fase de crecimiento de la postguerra deben ubicarse en la segunda mitad de los años 60.

Si Mandel hace énfasis en los elementos internos –composición orgánica del capital– que llevaron a la caída tendencial de la tasa de ganancia y por tanto a la crisis, Negri lo hace para resaltar los factores subjetivos de la lucha de clases como explicación de dicho achicamiento.

En agosto de 1971, como un síntoma de que la crisis ya estaba servida, el presidente de EEUU Richard Nixon, desacoplaba el dólar del patrón oro, liberándose el proceso de devaluación del dólar y la dinámica de emisión de dinero ficticio que ya se había iniciado antes para sufragar los gastos de la Guerra de Vietnam. El dólar pasaría a ser un fetiche impuesto sin soporte real que explicara su valor y estabilidad más allá del respaldo en petróleo acordado en 1975 con la OPEP a cambio de otorgar seguridad nacional a dichos países.

Segunda transición: de la modernidad industrial a la postmodernidad informacional

Luego de la crisis de 1973, el proceso de transición hacia el Imperio daría otro salto cualitativo con el paso de la modernidad industrial a la postmodernidad informacional. Dicho salto se fue desarrollando progresivamente durante otros veinte o veinticinco años. (Negri & Hardt, 2002)

Los años correspondientes a la fase de descenso de la mencionada onda larga. En esta etapa de recesión y decrecimiento se fue reconstituyendo orgánicamente el capital bajo la invención de una nueva tecnología automatizada aplicada al proceso productivo, la computacional o informacional, que fungió como base de un nuevo sistema de organización del trabajo, el toyotismo.

Dicho cambio en el modo de producción fue facilitado por la derrota del ciclo de luchas que tuvo como pico a la revolución de 1968. Aquí, repito, los factores externos al proceso de producción aparecen como variable para la recomposición del capital y el inicio, algunas décadas después, de una nueva onda larga de crecimiento que duraría hasta la reciente crisis del 2008.

Esta última transición finalizaría aproximadamente con el fin de la Guerra Fría y la caída de la Unión Soviética pero tenemos que advertir que este

proceso de post-modernización económica no se completó de forma paralela al surgimiento de la sobre-estructura política actual. No hay una relación mecánica entre el proceso estructural y el sobre-estructural por la sencilla razón de que aún hoy la postmodernización está en pleno desarrollo en las economías subordinadas.

Una de las consecuencias clave del tránsito de la producción industrial a la informacional fue la desterritorialización de la producción. Este proceso ya lo habían comenzado las transnacionales tras la Guerra de Vietnam, pero a medida que el nuevo paradigma productivo se iba consolidando en los quinquenios posteriores el fenómeno de la descentralización se intensificó exponencialmente.

El control sobre el proceso productivo se centralizó y se centraliza aún en proporción inversa a la deslocalización de la producción. Entre más se descentraliza esta, más se centraliza el control desde ciudades globales como Nueva York, Londres o Tokio. Con respecto a la cooperación del trabajo, esta rompe su dependencia con la proximidad espacial y se vuelve potencialmente autónoma del capitalista que antes organizaba e imponía dicha cooperación como una forma de organización del trabajo más efectiva. (Negri & Hardt, 2002)

Tendencia autónoma histórica del trabajador que solo en la sociedad post-industrial se convierte en real producto de la desterritorialización, y también de la desconcentración de la producción que permite romper los vínculos de proximidad espacial de la gran fábrica fordista.

La base de esta economía informacional estaría constituida por las redes de comunicación globales. Un papel que también representaron los caminos romanos en la antigüedad y los ferrocarriles en la fase imperialista. La diferencia radica en que tanto los caminos romanos como las vías férreas solo jugaron un rol externo en la producción, extendiendo sus líneas de comunicación y transporte, mientras que las redes actuales son además el centro mismo de la producción. (Negri & Hardt, 2002)

Trabajo Inmaterial

Según Negri & Lazzarato (2001), el trabajo inmaterial comienza a hacerse hegemónico desde un punto de vista cualitativo a partir de esta última transición a la sociedad de la información. Este trabajo es multifacético como lo explican en el compendio de artículos llamado arriba referenciado.

En relación con el tipo de desempeño realizado dentro de la producción este sería un trabajo intelectualizado. El trabajo del obrero se convierte más en una labor de control sobre todo el proceso. A través de la gestión de la información debe tomar decisiones distintas (Interfase) para solucionar los

problemas. El trabajador debe comprometerse más con la empresa y asumir responsabilidades directas en la gestión.

Dicho trabajo se realiza en la llamada fábrica difusa. Es decir, en ningún lugar centralizado. La función del empresario pasa a centrarse en hacer correr los distintos flujos de producción, circulación, consumo y deseo para capturar la plusvalía que recorre dicho flujo.

El trabajo inmaterial es independiente y autónomo del empresario. El empresario debe más bien adaptarse a la cooperación social autónoma del trabajo inmaterial. Este transforma la relación entre producción y consumo. La mercancía es un producto ideológico que no desaparece cuando es consumido. La relación entre producción y consumo es establecida por la comunicación social entre ambas partes. Lo que se produce por tanto es una relación social.

Esta evolución del trabajo trastoca la relación de antagonismo descrita en los Grundrisse de Marx (2007) y tan enfatizada por Negri hasta la era fordista. Al constituirse el obrero social en autónomo del proceso de producción, la contradicción de clase ya no sería “antagónica”, es decir, dialéctica, sino alternativa. Es por esto que el concepto de revolución también se modificaría.

La ruptura con el capital sigue estando en la agenda pero no bajo los esquemas tradicionales leninistas. El éxodo colectivo representa la tendencia de los nuevos métodos de lucha para desprenderse del capital, ya que el trabajo inmaterial es productivo autónomamente y no necesita “supuestamente” del capital. (Negri & Lazzarato, 2001)

Otro tipo fundamental de trabajo inmaterial es el trabajo afectivo que consiste en la interacción y el contacto humano. Este contacto puede ser real, como en los servicios de cuidados (salud), o virtual, como en la industria del entretenimiento. La base de este trabajo está definida por la manipulación de los afectos. Son inmateriales, no tanto por la forma de ejecutarlo, ya que puede ser corporal como el trabajo de un fisioterapeuta, un masajista o un enfermero, sino por el resultado, es decir, la sensación de bienestar, satisfacción o excitación. (Negri & Hardt, 2002)

Este trabajo inmaterial afectivo puede ser trasladado a otras esferas como la propia del hogar donde generalmente la mujer ha tenido un rol histórico fundamental a la hora de producir y reproducir, a través de un trabajo concreto corporal, las relaciones sociales inmateriales de la familia basada en la generación de bienestar, cariño, amor, cuidados, etc.

Estos tipos de trabajo inmaterial, junto con la informatización de los procesos industriales, están definidos por la inmanencia de la cooperación entre los mismos trabajadores, a diferencia de la antigua cooperación im-

puesta por el capital en la sociedad industrial desde afuera del propio proceso productivo. Dicha inmanencia cooperativa relacional es la base de la potencialidad que tiene el trabajo para su autovalorización que podría llevarle a no depender del capital. (Negri & Hardt, 2002)

Esta posibilidad potencial altera aún más a la ley de valor. Es decir, si esta habría sufrido durante todo el proceso de tecnificación industrial una modificación al trasladar la base del beneficio desde el trabajo vivo a la máquina, ahora, en la sociedad informacional o biopolítica como le gusta decir a Negri, la ley del valor se vacía aún más de contenido en vista de que el capital pierde virtualmente el control de mando sobre el trabajo debido a esta cualidad autovalorizante.

Lo común y la lucha reformista

La base del término economía biopolítica está atravesada por otro subconcepto, el llamado “común”. Para Negri (2011) el común está relacionado directamente con la autonomía frente a lo privado y a lo público, y también a la libertad como base para la producción de dicha riqueza. Pero una libertad invertida respecto a la asociada con la propiedad privada. Una libertad del común como sinónimo de multitud, sin controles de patentes ni de copy-right.

La lógica de la producción biopolítica no se ve constreñida por el concepto de escasez. “La producción biopolítica pone el bios a trabajar sin consumirlo” (Negri & Hardt, 2011: 288). Es decir, cuando se comparte una imagen o una idea por las redes de información o comunicación la capacidad productiva aumenta con el intercambio. De ahí el carácter cooperativo y autónomo de la producción del común.

El común es una riqueza mayor que el salario por lo que la tasa del plusvalor sería la “expresión del grado de explotación por el capital no sólo de la fuerza de trabajo del trabajador, sino también de las potencias comunes de producción que constituyen la fuerza de trabajo social” (Negri & Hardt, 2011: 292). De esto resulta que la contradicción que expuso Marx entre el carácter social de la producción capitalista y el carácter privado de la acumulación se “torna cada vez más extremo en la era biopolítica” (Negri & Hardt, 2011: 292).

Negri comenta que una tabla económica del común no puede ser creada en la forma en que lo hicieron Quesnay y Marx para las economías agrícola e industrial respectivamente. En vez de una tabla de intercambios de valores cuantitativos, el filósofo italiano propone una tabla de luchas cualitativas dividida en tres columnas, a saber:

1. Defensa y lucha de la libertad y la autonomía del trabajo: es decir, lucha del común contra el poder de mando sobre el trabajo. Según

Negri, “la composición de la fuerza de trabajo posindustrial se caracteriza por una movilidad y una flexibilidad forzadas, por la falta de contratos fijos y de puestos de trabajo garantizados” (Negri & Hardt, 2011: 294), de donde se desprende la obligación de migrar tanto de un empleo a otro como de un país a otro. Sin embargo, el trabajo biopolítico no rechaza en sí mismo la movilidad y la flexibilidad como si añorara el trabajo rutinario y alienado de la fábrica fordista, sino que rechaza el control de mando externo sobre las mismas.

2. Defensa y lucha por una renta básica: el precariado de hoy no tiene una relación salarial constante con el capital y precisa de otras formas de renta para sobrevivir. La lucha por una renta básica para todos, independientemente del tipo de trabajo extra que se realice, garantiza una retribución a los trabajadores del común definidos por la productividad cooperativa y autónoma. Está más que justificada porque el capital se apropia del común a través de las estructuras jurídicas de la propiedad privada y por tanto, la renta básica no sería otra cosa que un salario social que ya es producido por la cooperación autónoma de los productores.
3. La defensa y la lucha por la democracia radical: como fundamento estable para la autonomía de la producción biopolítica y como transición comunista. Esto significa luchar por un programa reformista dentro del sistema, pues no existe la posibilidad de un exterior debido a la subsunción global de toda la sociedad en el capital. Un programa que sirva para llevar al límite al capitalismo y a la democracia representativa como régimen político global para completar la transición efectiva al comunismo. El socialismo ya demostró la imposibilidad de finalizar dicha transición debido a las contradicciones que supuso la necesidad de seguir acumulando capital sin capitalistas. La lógica metabólica del capital basada en la explotación y el control de mando no desaparece bajo la cobertura estatal de los medios de producción sino que tiende a llevar a la ley del valor a su máximo. (Negri & Hardt, 2011)

Conclusión provisional

Para Negri, la teoría del valor-trabajo queda “extinguida” en el proceso del desarrollo capitalista a medida que el capital produce formas de organización en la era posindustrial como reacción a la misma lucha de clases.

Es decir, la ley del valor lleva a la ley del plusvalor y de esta a la lucha clases. Esta lucha obliga al capital a modificar la organización del trabajo. Esta modificación en la era informacional lleva a su vez a la extinción a la misma ley

que originó todo. Pero paradójicamente Negri afirma que no desaparece la explotación. ¿Cómo se explica esto? No lo explica.

Es verdad que la base de cálculo y del funcionamiento del sistema se ha reducido a tenor de los efectos prácticos de la ley tendencial al aumento de la composición orgánica del capital. Pero esto no significa que haya desaparecido el “tiempo de trabajo socialmente necesario para producir tanto las mercancías materiales como las inmateriales”.

Si algún día llegásemos a un escenario donde los robots sustituyeran por completo al trabajo vivo del ser humano como productor de valor y plusvalor, entonces, quizás, podría estar de acuerdo con Negri en este punto. Pero realmente estimo que estamos lejos de esa virtualidad.

Cuando digo “sustituyeran por completo” quiero decir que dicho proceso de robotización debería incluir la producción y la reproducción de los mismos, de tal manera que el trabajo vivo no aparezca por ningún lado. Porque si el trabajo vivo tuviera que producir los robots y reproducirlos, entonces la ley del valor seguiría vivita y coleando ya que la fuente del plusvalor resultaría, en última instancia, del trabajo vivo y la robótica solo transmitiría este a las mercancías como ocurre aún en la actualidad.

Le diría a Negri que no se olvide que el valor es de por sí una sustancia inmaterial porque se basa en una relación. El valor es abstracto en sí mismo. Pretender medirlo con exactitud al igual que intentaron los economistas clásicos podría llevarle a lo mismo que a ellos, al abandono de la ley por la imposibilidad de dicha medición.

La corrección de Marx a los economistas clásicos cuando introdujo el concepto “socialmente necesario” al tiempo de trabajo coagulado en las mercancías, rompía de hecho con la idea de tratar de medir el valor contenido en una mercancía en relación con su precio individual. Si dicha imposibilidad ya la advertía Marx en el siglo XIX, con mucha más razón hoy en día.

Sin embargo, Negri no discrepa de Marx en el cálculo del valor por mercancía individualizada sino en función de la supuesta correspondencia entre los valores totales con los precios totales del mercado. Para Marx, dicha correspondencia existía y por tanto los precios, en última instancia, provenían del valor y no de la mayor o menor utilidad expresada por el comportamiento de los consumidores en el mercado como dicen los defensores neoliberales.

Independientemente de que hoy en día exista o no tal correspondencia entre valores y precios totales, pues no estoy en condiciones de demostrar ni lo uno ni lo otro, considero que no se justifica la afirmación de que la ley haya desaparecido.

Pongo en duda la afirmación de Marx sobre dicha concordancia porque en las últimas décadas, sobre todo desde que Nixon decidiera desacoplar el dólar del patrón oro, se inició una tendencia de los bancos centrales a emitir dinero ficticio sin soporte en la producción. Entiendo que este elemento distorsionó el funcionamiento de la ley y que por tanto pudo afectar considerablemente a dicha correspondencia.

Dicho esto, la actualización de la ley del valor debe basarse en un estudio serio macroeconómico que arroje datos y cifras de los principales valores producidos en el mundo; de cómo y dónde se producen; de cómo y dónde se realizan en el mercado; y de cómo se redistribuye el plusvalor absoluto y relativo contenido en las mercancías a través de los distintos dispositivos que rodean al beneficio como el crédito, el interés, la renta, y la ganancia neta.

Bibliografía

- Mandel, E. (1979). El Capitalismo Tardío. México: Ediciones Era
(1983). La teoría marxista de las crisis y la actual depresión económica.
<http://www.rcci.net/globalizacion/2003/fg360.htm>.
- Marx, K. (1971-2007). Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse). Madrid: Siglo XXI.
- Negri, T & Hardt, M. (2002). Imperio. Barcelona: Paidós.
- . (2011). Commonwealth. Madrid: Akal.
- . (s.f). Valor y Afecto. La fogata.
http://www.herbogeminis.com/IMG/pdf/Toni_Negri_valor_y_afecto.pdf.
- Negri, T. & Lazzarato, M. (2001). Trabajo Inmaterial. Río de Janeiro: DP&A. <http://www.rebellion.org/docs/121986.pdf>.
- Rodríguez, R. & Martínez, F. (2016a). Poder e Internet. Un análisis crítico de la red. Madrid: Ediciones Cátedra.
- . (2016b). Desmontando el mito de internet. Barcelona: Icaria.